

JACOBO SIRUELA  
EL MUNDO  
BAJO LOS PÁRPADOS

ATALANTA

## ÍNDICE

Los sueños y la historia

13

El sueño y lo sagrado

69

El espacio onírico

129

Sueño y tiempo

189

Sueño y muerte

267

Bibliografía

309

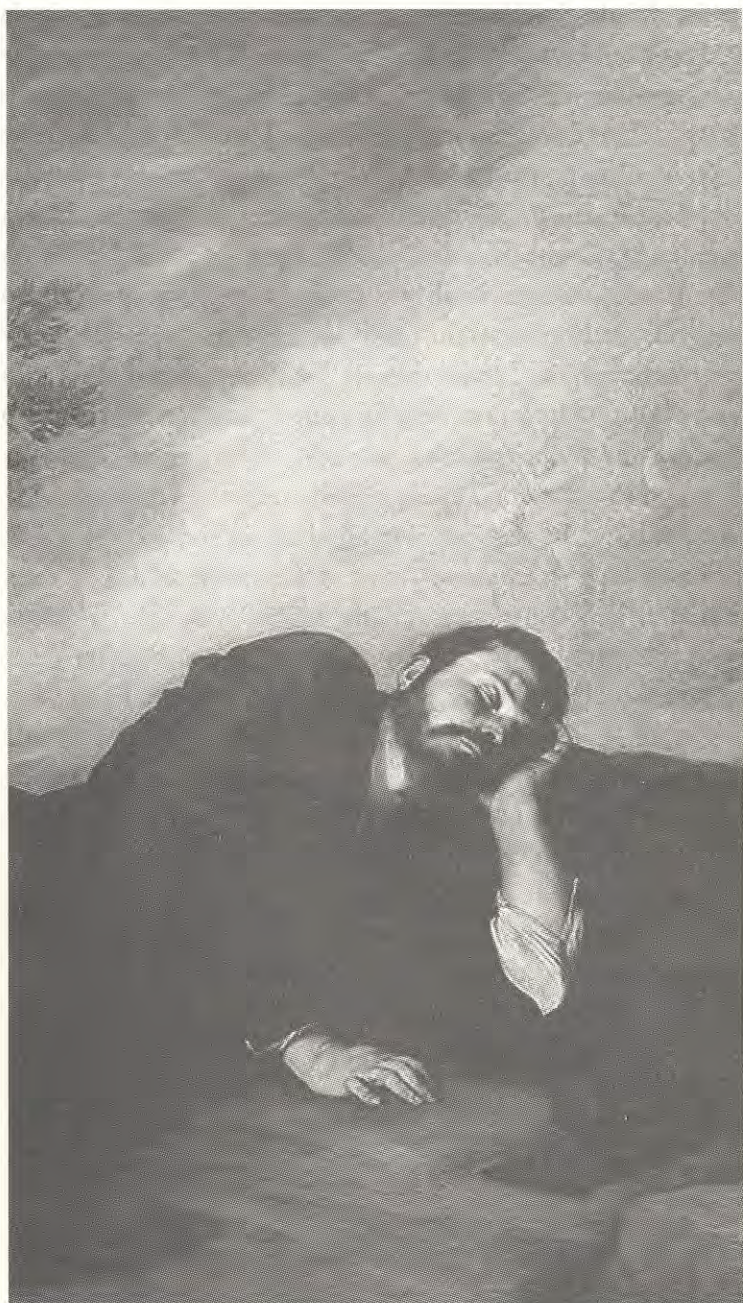
Índice de ilustraciones

323

Índice onomástico

327





Hace mucho tiempo, fui un sabio asceta que vivía solo en su ermita. Practiqué la magia: me introduje en el cuerpo de otro y pude ver todos sus órganos; entré en su cabeza y contemplé todo un universo con su propio sol y océano, sus montañas, sus dioses, demonios y seres humanos... Todo ello era el universo de su sueño; y pude verlo.

Vālmiki, *Yoga Vāsishtha*, (ca. VI a.C.)

## El espacio onírico

... algunas veces, el hombre, cuando duerme, puede juzgar que lo que está viendo es un sueño...

Tomás de Aquino, *Summa Theologica* (C. 84, a. 8)

### I

¿Dónde estamos cuando soñamos? Parece una pregunta ociosa, pero ¿puede alguien contestarla? ¿Acaso puede alguien afirmar que *conoce* realmente este ámbito tan efímero, equívoco y tornadizo? Pues al soñar nunca prestamos atención al «espacio» en el que nos encontramos, y al despertar el único vestigio que conservamos de nuestras inciertas aventuras nocturnas es una vaga impresión de imágenes y vivencias más o menos adheridas a lo más leve y huidizo de nuestra memoria. Se trata, pues, de un mundo vago; de un «mundo» que nunca se ve ni se observa con la atención y el detalle con el que se contemplan las cosas durante la vigilia. ¿Qué hace el soñante cuando se encuentra en la *otra orilla*? Se deja llevar... Nadie se detiene a observar el *espacio* que lo envuelve cuando sueña, ya que todo el espectáculo del cual goza o padece al estar soñando lo tiene siempre hechizado con el movimiento perpetuo de sus figuras y situaciones mutantes, sin que nadie se pare a inspeccionarlo, tal como se puede hacer al estar despierto. Como dice Gaston Bache-



lard: «El espacio del sueño es todo menos quietud, cualquier cosa menos reposo».

Delimitar la metáfora de este *espacio* se asemeja a la descripción de la banda de Moebius, donde el haz se vuelve envés. Del mismo modo, el espacio onírico es una dimensión interior vuelta al revés; pues todo lo que vemos *fuera*, todo aquello que constituye el mundo que soñamos se forma y se desarrolla *dentro* de nuestra mente. De modo que el mundo interno se transmuta en «espacio» externo, y la exterioridad en proyección interior.



Así, en la metafórica dimensión espacial del onirismo, los «lugares» y los «objetos» no se desarrollan a partir de ninguna cualidad del tiempo exterior (como sucede en el mundo de la vigilia), sino a partir de un tiempo interno, cuyo flujo temporal se autogenera a sí mismo a medida que avanza, porque es un tiempo *simulado*, un tiempo que crece y se despliega desde el interior de sus propios dinámicos a través de ese mágico torrente de imágenes vivas que constituyen cada uno de los lugares por los que pasamos al soñar.

Nunca podemos detener la mirada en la íntima y cambiante dimensión espacial del sueño. No sólo porque es un espacio fluido, de incesantes metamorfosis y muy difícil observación, sino sobre todo porque el yo que observa el desarrollo del flujo onírico, aquel yo que vive las situa-

ciones que se le aparecen a cada instante, se encuentra *inmerso* en este ámbito hermético, formando parte inseparable de todas las imágenes y circunstancias que sueña. De ahí que carezca de la distancia y voluntad necesarias para contemplar el sueño como *objeto*, pues en el sueño no hay distinción entre sujeto y objeto, como existe para nosotros en la percepción del mundo real. *Allí* no existe ningún dualismo, no existe ninguna distancia separadora entre el yo y el mundo interno: el mundo y el yo son lo mismo, forman una unidad indisociable. Así que se hace inaccesible vislumbrar como objeto este espacio movido, plagado de lugares fugaces, porque semejante probabilidad sólo sería factible si la conciencia se desgajara del mundo soñado, si el sujeto que sueña pudiera seguir soñando siendo enteramente consciente de su sueño, pues sólo la conciencia despierta sería capaz de observar y calibrar como objeto racional ese rutilante espacio esquivo y nebuloso en donde tienen lugar los sueños.

¿Pero acaso esto es posible? Digamos que solamente lo sería si existiera la probabilidad de poder explorar el espacio onírico con la conciencia despierta, del mismo modo que un espeleólogo se introduce en el ámbito de una cueva desconocida e ilumina con su linterna los lugares que más llaman su atención. Sólo entonces sería factible el desarrollo de una nueva fenomenología: la *fenomenología del espíritu mientras sueña*.

Lo cierto es que hasta ahora ningún artilugio ha podido mostrarnos la vida onírica en una pantalla. No existe una tecnología tan sofisticada, y probablemente no existirá jamás. Sin embargo, si recorremos la historia del onirismo nos encontramos con la sorpresa de que los sueños han podido ser observados conscientemente por un incontable número de personas con un alto grado de voluntad y



cualidades psíquicas. ¿Cómo llamarlos? ¿*Onironautas*? Lo más probable es que sean más bien pocos los lectores que hayan oído hablar de ellos, al tratarse de una rara especie cuya peculiar aventura intelectual consiste en percibir todas las figuras y lugares de la geografía onírica con el mismo grado de consciencia y claridad de percepción con que se contempla la realidad diurna mientras estamos despiertos. Naturalmente, es muy legítimo pensar que todo esto no es más que otra fantasía de las que tanto abundan en los bazares espirituales de nuestra época. Pero no es así. Si nos tomamos el trabajo de hacer una atenta investigación histórica sobre este asunto, comprobaremos que desde edades muy tempranas y en culturas muy diferentes existen abundantes testimonios acerca de esta práctica específica de soñar. Y lo más curioso de todo es que la mayoría de ellos no provienen de gente estrafalaria o fantástica, como podría pensarse, sino de personas merecedoras de todo crédito intelectual.

En efecto, el primero de estos testimonios pertenece a los *Tratados de Historia Natural* de Aristóteles. En un pasaje de esta obra dedicado a los ensueños, el filósofo macedonio declara textualmente: «Muchas veces, cuando uno está dormido, algo en nuestra alma nos indica que aquello que vemos aparecer es un sueño». Con esta frase, Aristóteles sugiere dos cosas bastante interesantes: la primera de ellas es el nítido recuerdo que guarda de haber contemplado *conscientemente* el curso de sus sueños; la segunda es más sorprendente, pues da a entender que esta clase de vivencias son frecuentes en su experiencia onírica. Seguramente, la vivencia psíquica señalada por Aristóteles no era tan rara en aquella época; prueba de ello es que no constituye la única referencia que conservamos de la cultura griega sobre la lucidez onírica. Así, en la *Ilíada*, Zeus man-



da a Hipno a visitar al rey Agamenón para llevarle su mensaje, y el dios alado se le aparece en un sueño y le dice: «¿Duermes, hijo del guerrero Atreo...?» (*Il.*, II, 23). Lo mismo sucede en otro pasaje en el que el alma de Patroclo hace la misma pregunta a Aquiles (*Il.*, XXIII, 69); y también encontramos la misma escena en la *Odisea*, cuando la imagen onírica que envía Atenea a la paciente esposa de Ulises pronuncia las mismas palabras: «¿Duermes, Penélope...?» (*Od.*, IV, 804).

No deja de ser significativo que esta fórmula se emplee tan repetidamente para advertir al soñante de que está soñando. En la época homérica se creía que las imágenes soñadas eran enviadas por los dioses a los hombres, y por eso tomaban la forma de una visita hecha al durmiente, pero ¿por qué estas imágenes provenientes de la esfera divina quieren con tanta insistencia que el durmiente sea consciente de que está soñando? ¿Se trata simplemente de un procedimiento retórico para llamar la atención sobre un mensaje onírico significativo o, por el contrario, se refiere a una experiencia semejante a la que alude Aristóteles en su tratado?

Muchos siglos después, San Agustín hará una referencia más explícita a este fenómeno y será el primero en la historia occidental en registrar un sueño de estas características de una forma detallada. Su testimonio se encuentra en una carta que el filósofo de Hipona dirige en el año 415 a un amigo y discípulo suyo, Evodio de Uzala, con la intención de proporcionar una sutil argumentación dialéctica en favor de la inmortalidad del alma. En su carta, San Agustín se refiere al sueño de otro conocido suyo llamado Gennadio, un médico que, después de haber ejercido durante décadas la medicina en Roma, decidió volver a Cartago para retirarse y morir en su ciudad natal. Cuando éste era ado-

lescente vivía atormentado por las dudas y el temor a la muerte. Una noche tuvo un vívido sueño de lo más significativo: un joven de agradable apariencia se acerca a él y le dice «¡sígueme!». Gennadio, muy intrigado, le sigue por una ciudad semejante a la suya y comienza a andar por sus calles hasta que en cierto momento se detiene a escuchar una música de una armonía muy superior a todo lo que ha oído hasta entonces. Proviene de un coro cercano que se oculta tras los altos muros de una casa que tiene enfrente. Fascinado por esas dulces y envolventes cadencias, Gennadio pregunta a su acompañante acerca de esa maravilla musical. El joven le contesta que son los himnos de los *bienaventurados*. Después despierta y, a pesar del asombro y la exaltación que aún le embargan el ánimo, no le da más vueltas, pues a fin de cuentas, sólo ha sido un sueño.

Sin embargo, la noche siguiente sucede algo aún más curioso, algo que otorga a su recuerdo onírico un mayor grado de intensidad y significación, al volver a visitar en sueños el mismo lugar y hablar con el mismo joven de la noche anterior. Pero ahora, cuando se detiene a saludarlo, le pregunta si lo reconoce. Gennadio inclina la cabeza afirmativamente, pero el joven quiere saber más: desea escuchar de sus labios dónde lo ha conocido, y Gennadio le cuenta todo lo sucedido en el último sueño. Entonces el joven pregunta si todos estos acontecimientos han ocurrido mientras estaba despierto o cuando dormía. A lo cual Gennadio responde automáticamente que mientras estaba dormido, sin reparar en lo que está diciendo.

—¿Lo recuerdas bien?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Pues si es así como dices, entonces será cierto que viste todas estas cosas, mientras estabas durmiendo...

—Sí.



—Entonces —dijo, mirándole fijamente a los ojos— debo hacerte notar que también ahora, mientras estás viendo todo esto, estás dormido.

Al escuchar estas palabras, Gennadio siente cómo una sensación de extrañeza empieza a apoderarse de él. Pero el joven sigue diciendo:

—Dime, ¿dónde está ahora tu cuerpo?

—En mi cama.

—Entonces, asumes que los ojos de tu cuerpo están ahora cerrados y ciegos, ¿no es así?

—Sí.

—¿Pues dime entonces qué son estos ojos con los que me ves ahora?

Al margen del refinamiento dialéctico que destila este sueño, lo que nos interesa resaltar aquí es su similitud con lo percibido por Aristóteles y los *avisos* divinos de los poemas homéricos. Acaso el relato agustiniano sea demasiado sutil y elevado para resultar creíble como secuencia onírica, pero tal vez sus probables adornos literarios sean lo de menos y puedan pasar a un segundo plano ante su coincidencia con otros ejemplos del mismo fenómeno. En efecto, Tomás de Aquino volverá a mencionar esta misma experiencia de una forma explícita unos siglos después (*Summa Theologica*, 84, 8); y lo mismo hará más tarde Descartes en el tercero de sus sueños *olímpicos* al ponerse a interpretar conscientemente su sueño antes de haber despertado. Este fenómeno será registrado de nuevo en 1744 en el cuaderno de sueños del científico y místico sueco Emanuel Swedenborg cuando dice: «Estuve toda la noche, durante once horas seguidas, ni dormido ni despierto, en un extraño estado de trance, siendo consciente de todo lo que soñaba».

Un siglo después, volvemos a encontrarnos con la misma experiencia en un vigoroso pasaje de *El nacimiento de la tragedia*: Nietzsche compara los mundos oníricos con las obras del «artista total» y ensalza el gozo profundo que siente ante el hecho de poder comprender intuitivamente a esas figuras oníricas que le hablan por las noches con tanta elocuencia, sin que nada resulte innecesario ni gratuito: «En la vida suprema de esa realidad onírica, tenemos el sentimiento translúcido de su *apariencia*, o al menos ésta es mi experiencia», dice —¡y cuánto recuerdan sus palabras a las de Aristóteles!—. Y añade: «Más de uno podrá recordar, alguna vez, haber gritado a veces en los peligros y horrores de un sueño (...). ¡Es un sueño, pero quiero seguir soñándolo! Tal como me han contado algunas personas que fueron capaces de prolongar durante tres o más noches consecutivas la causalidad de un mismo sueño».

A tenor de todos estos ejemplos, podría parecer que la conciencia onírica es una especie de predisposición especial de los filósofos, pero no es así. Fue en Asia donde el sueño lúcido alcanzó una mayor continuidad y coherencia de metas gracias a un sólido y elaborado corpus de ejercicios de carácter místico que fueron practicados en los monasterios del Tíbet durante siglos. Todo lo contrario de lo que ocurrió en la cultura occidental, donde este tipo de experiencias siempre fueron vistas con cierto recelo, primero por los inquisidores, que veían al diablo en cualquier manifestación onírica que escapase a su comprensión, y luego por los filósofos ilustrados, que miraban con reserva cualquier experiencia interior que escapara de los márgenes fijados por el orden racionalista del mundo. En consecuencia, esta clase de onirismo sólo fue cultivada de forma aislada por un puñado de personajes solitarios que



se aventuraron a explorar contra corriente los parajes más desconocidos de la psique.

¿Qué es exactamente este estado de ensueño en el cual se puede *despertar* la conciencia dormida? Se trata de un estado intermedio entre el sueño y la vigilia. No un estado alucinatorio, pues quien lo alcanza no está semidespierto, sino profundamente dormido. Quien logra *despertar* a este estado no sólo *sabe* que está soñando mientras duerme, sino que además conserva la facultad de razonar y la disposición de la voluntad y la memoria de un modo bastante similar a la vigilia. Esto puede durar unos primorosos segundos o, como han hecho algunos aventajados practicantes, prolongarse durante lapsos intermitentes que alcanzan desde algunos minutos hasta varias horas de duración; algunos, muy pocos, han llegado a repetir esta experiencia varias veces casi todas las noches.

Durante muchos años, el mundo científico se negó a admitir la existencia del sueño consciente; los relatos que ofrecieron de primera mano algunos onironautas siempre se tomaron por falaces fantasías. Como la tecnología del siglo XIX y parte del XX era incapaz de dar una prueba definitiva que demostrara este fenómeno, se dictaminó que todas estas personas creían estar soñando despiertas, cuando en realidad no estaban dormidas sino en un estado semiconsciente intermedio entre la consciencia y el sueño. Hubo que esperar a la aparición de la electroencefalografía para poder demostrar, «de una manera científica», que todo lo dicho por ese solitario puñado de onironautas era cierto.

Pero ¿de qué clase de conciencia estamos hablando? Algunos autores han dicho que en ese estado se logra la misma lucidez de la vigilia. Sin embargo, esta hipótesis ha

de encerrar necesariamente una ambigüedad que no nos salva de la incertidumbre. ¿Cómo puede hablarse de un mismo grado de conciencia si se sueña en un estado modificado de la conciencia? Los soñadores lúcidos saben por experiencia que esta lucidez onírica es *distinta* a la conciencia de vigilia. Sencillamente, tiene otra cualidad. Cuando en el sueño lúcido se piensa en el estado de la mente durante la vigilia, éste es reconocido como un estado más de la conciencia, pero no como el *único* estado en el que ésta se manifiesta. La consciencia se estructura a partir de diferentes grados de lucidez.

El hecho de que se puedan asumir distintas formas de conciencia—cada una consciente de sí misma—plantea nuevos interrogantes sobre su naturaleza. Y no sólo sobre el estado de conciencia como tal; también sobre lo que se ha denominado *inconsciente*, pues desde el momento en el que la conciencia puede florecer dentro del ámbito no consciente de la mente, esta designación genérica se convierte en un término reductor; porque el territorio de la conciencia se ensancha; sus límites se vuelven ambiguos y, en cierta manera, ilusorios, desde el momento en que la experiencia del sueño lúcido nos revela de un modo axiomático que aquello que en la vigilia denominamos conciencia no se reduce al fenómeno que identificamos con nuestro yo racional diurno, sino a un ámbito mucho más complejo y con más niveles fenomenológicos. La consciencia es algo mucho más amplio que todo aquello de lo que es consciente nuestro yo. Ésta fue la intuición que tuvieron los místicos a partir de su experiencia interior con lo absoluto. El sueño lúcido no llega tan lejos, no rebasa las fronteras del yo, pero es una capacidad, casi inexplorada, que nos permite ver con toda su potencia sensual e imaginativa cómo actúa el fenómeno de la consciencia



en su propia dimensión íntima. Pero este *despertar* de la mente dormida no podrá asimilarse plenamente si nos quedamos prendidos en las redes abstractas del discurso teórico. La única manera de llegar a conocer esta particular fenomenología es experimentarla por uno mismo, o, en su defecto, prestando atención a los pocos testimonios de primera mano de que disponemos, pues sólo ellos nos permiten entender en toda su extensión cómo se comporta la mente en su propio *espacio* interior.

## II

Gradualmente, todo mi repertorio de sueños pasó frente a mí. Y pude observar estos sueños con bastante conciencia, pude ver cómo se creaban y pasaban de uno a otro y entender su mecanismo.

P. D. Ouspenski, *A New Model of the Universe* (1931)

El mismo año en que Freud publicaba en Viena *La interpretación de los sueños*, Piotr Demiánovich Ouspenski (1878-1947) decidió, con veintidós años, dedicar parte de su tiempo a la sistemática observación de su onirismo. Todo su esfuerzo se aplicaba en aprender a despertar en el sueño para poder descifrar los secretos del estado onírico. Perseverante con su anhelo, Ouspenski practicó durante muchas noches unos ejercicios de concentración mental que tenían por objeto provocarse un «estado de semi-sueño». Deseaba alcanzar el conocimiento y dominio de esta forma particular de consciencia —tan inherente al budismo—, con la esperanza de que un día todos sus esfuerzos se vieran recompensados con la apertura a un nivel

superior de lucidez. Como Gurdjieff, su maestro, o Madame Blavatsky en el XIX, Ouspenski se convirtió en una de las figuras más carismáticas del esoterismo del siglo XX, tan interesado como ellos en adaptar algunas antiguas prácticas asiáticas al lenguaje y la cultura de su tiempo. En *A New Model of the Universe* (escrito en 1914) encontramos una descripción muy ilustrativa de cual era el carácter de sus experimentos oníricos. En este libro –bastante leído, por cierto, durante los años treinta y cuarenta del siglo pasado– refiere cómo logró *despertar* por primera vez mientras dormía. Se encontraba en el interior de una gran habitación vacía. Un gatito negro maullaba a unos cuantos metros de sus pies. Todo era tan real que se dijo: «Estoy soñando. ¿Pero cómo puedo saber si realmente estoy dormido o no?». Y pensó: «Vamos a intentarlo de esta manera; convirtamos este gatito negro en un gran perro blanco; en estado de vigilia, una cosa así sería imposible de creer, mas si ahora funciona quiere decir que estoy verdaderamente dormido, y estoy soñando. Súbitamente, el gatito negro se transformó en un enorme perro blanco. Al mismo tiempo, la pared que tenía enfrente comenzó a desvanecerse lentamente, mientras iba transparentándose una gran montaña rocosa con un río caudaloso que se perdía en la distancia. ¡Qué curioso! –pensé. No he ordenado la aparición de este paisaje. ¿De dónde habrá salido? Y un recuerdo medio desvaído comenzó a removerse en mi interior, el recuerdo de haber visto ya ese paisaje en otra parte, y la sensación de la existencia de una íntima conexión entre el paisaje y el perro blanco. Pero, de pronto, entendí con toda claridad que si me dejaba llevar por ese vago recuerdo me olvidaría de lo más importante que debía recordar: ¡que *estoy durmiendo y soy consciente de mí mismo!*».

Estas experiencias demostraron a Ouspenski que los



sueños son tan delicados que «no soportan la observación».

*La observación los transforma.*

Al comparar sus visiones nocturnas y analizarlas, comprobó que los sueños sufrían sutiles mutaciones siguiendo los dictados de la voluntad. En este sentido, es interesante observar

cómo tan sólo dos décadas más tarde, las investigaciones de la física cuántica hallarían en las partículas microscópicas la misma ley, esta vez aplicada a la realidad subatómica, al descubrir que *el observador transforma lo observado*; o dicho de otro modo: que no se puede observar ningún fenómeno subatómico *sin alterarlo*.



### III

La secreta solución de nuestras vidas descansa en nuestros sueños.

Frederik van Eeden, *The Bride of Dreams* (1918)

Otro notable onironauta fue el psiquiatra y escritor de los Países Bajos Frederik Willem van Eeden (1860-1932). Amigo de William James y de Hermann Hesse, sus novelas y obras de teatro gozaron de cierta fama en su tiempo, aunque son sus experiencias psíquicas y no su literatura las que han perdurado en el recuerdo.

Entre 1898 y 1912, van Eeden anotó en su diario todos los sueños en los que veía algo significativo, en especial aquellos en los que su mente y su voluntad permanecían *despiertas* y podían guiar conscientemente las situaciones

oníricas: «En todos estos sueños», escribió, «la reintegración de todas las funciones psíquicas es tan completa que el durmiente alcanza un estado de perfecta consciencia, siendo capaz de dirigir su atención a cualquier punto y de llevar a cabo cualquier acto de libre albedrío, a la vez que se goza, como he podido comprobar, de un descanso inalterable, profundo y reparador». A lo largo de quince años de investigación, Van Eeden registró más de 500 sueños, de los cuales 352 fueron *sueños lúcidos*. En su novela *The Bride of Dreams* condensa con total libertad todas sus ideas e intuiciones, que, de no haber sido presentadas de manera literaria, hubiesen chocado con la incomprensión del ambiente científico de su época.

En 1913 decidió presentar las conclusiones de su trabajo en la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres. Van Eeden no pensaba, como Havelock Ellis, que durante el sueño las funciones psíquicas entran en disociación, sino todo lo contrario: el sueño –tal como lo había experimentado él– era una *reintegración* de la psique a una esfera diferente. En su larga observación onirológica llegó a distinguir nueve tipos de onirismo, entre los cuales el *sueño lúcido* –por cierto, término acuñado por él– era el que llevaba a cabo una mayor reintegración de todas las funciones psíquicas.

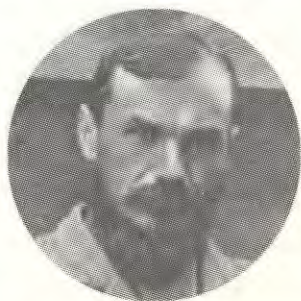
Cuando tuvo su primer *sueño lúcido*, lo que más le maravilló fue la verosimilitud y viveza de su experiencia. En esa ocasión, voló por encima de unos árboles primaverales sin sentir ningún miedo; mientras flotaba por los aires, se dejó llevar por el viento y la sensual ingravidez. De pronto, reparó en su situación, y se sorprendió de estar pensando con la misma claridad de la vigilia, y en lo vivo y real que parecía todo en su viaje aéreo. Disfrutaba con-



templando desde lo alto las amplias perspectivas que se abrían ante sus ojos, la vivacidad de los colores, la agradable levedad del movimiento, la suave brisa que sentía en el rostro. Pensó en lo asombroso que resultaba todo ese espectáculo y en lo prodigioso que era el hecho de poder crear en nuestro interior una representación tan real y completa en cada uno de sus detalles.



El 9 de septiembre de 1904 tuvo otro de estos sueños. En esta ocasión vio una mesa junto a una ventana. Sobre la mesa había varios objetos. Era perfectamente consciente de que estaba soñando, y podía pensar con toda claridad en los experimentos que deseaba llevar a cabo. Su primera ocurrencia fue tratar de romper con una piedra que había recogido del suelo varios objetos de cristalería colocados sobre la mesa. Primero escogió una copa pequeña, la apartó del resto y comenzó a golpearla con dos piedras planas. No se rompió. Luego hizo lo mismo con una copa de vino. La golpeó con todas sus fuerzas, y mientras aporreaba el cristal, pensaba en lo peligrosa que podía resultar esta acción en el mundo real. Pero siguió aporreando con fuerza, sin que tampoco se rompiera. Al cabo de un rato, volvió a mirar la copa: estaba rota. Tuvo la impresión de hallarse en un mundo adulterado, calcado con grandísimo ingenio, pero falso y arbitrario en sus pequeños detalles. Entonces se le ocurrió recoger de la mesa la copa de cristal rota y arrojarla por la ventana para comprobar si se oía el golpe contra el suelo. La respuesta no se hizo esperar, y escuchó perfectamente el sonido del cristal al romperse. A continuación, vio a dos perros correr con na-



turalidad hacia la ventana y asomarse a ella. Esto lo llenó de asombro por la increíble exactitud con la que todo el mundo real era ficticiamente imitado.

Estos sueños se hicieron habituales, y a menudo soñaba que se despertaba y comenzaba a relatar a otra persona el *sueño*

*lúcido* que acababa de tener, sin ser consciente de estar soñando. Al despertar al mundo real se sentía confuso, con la impresión de haber sido arrancado de otras esferas de la realidad, entre las cuales el sueño consciente era la experiencia más profunda de todas.

#### IV

... todos nosotros podríamos encontrar en nuestros sueños de una noche aquello con lo que llenaríamos un año de nuestra existencia, si por la mañana mantuviéramos el recuerdo de todo cuanto hemos soñado...

Hervey de Saint-Denys, *Les Rêves et les moyens de les diriger* (1867)

Sin lugar a dudas, el máximo exponente de la oniromántica occidental fue un distinguido y discreto sinólogo del Collège de France. Nació en París el 6 de mayo de 1822 en el elegante barrio de Saint-Germain-des-Prés. Su nombre completo era Marie Jean Léon Le Coq d'Hervey de Saint-Denys, aunque en los ambientes mundanos de su ciudad era más conocido como el marqués d'Hervey de Saint-Denys. Tenía fama de ser un hombre de vastas lec-